

ELIANA ALBALA

LOS QUE NOS FUIMOS SIN LAS COSAS



Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes

Fondo Nacional de
Fomento del Libro
y la Lectura

Gobierno de Chile

Proyecto financiado por
Fondo del Libro y la Lectura,
Convocatoria 2014

EDITORIAL CUARTO PROPIO

www.elianaalbala.com

Poesía

LOS QUE NOS FUIMOS SIN
LAS COSAS

ELIANA ALBALA

LOS QUE NOS FUIMOS
SIN LAS COSAS



EDITORIAL CUARTO PROPIO

Proyecto financiado por Fondo del Libro y la Lectura,
Convocatoria 2014

LOS QUE NOS FUIMOS SIN
LAS COSAS

© ELIANA ALBALA, 2014

Inscripción N° 247.162
I.S.B.N. 978-956-260-693-6

© Editorial Cuarto Propio
Valenzuela 990, Providencia, Santiago
Fono: (56) 227926518
Web: www.cuartopropio.cl

Diseño y diagramación: Alejandro Álvarez
Edición: Claudia Apablaza

Impresión: Gráfica LOM

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, octubre de 2014

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

LOS QUE NOS FUIMOS SIN LAS COSAS reúne tres libros de la autora chilena Eliana Albala: *El otro lado de las cosas vivas*, *Los ríos por ejemplo* y *Los que nos fuimos sin las cosas*.

El otro lado de las cosas vivas es un conjunto de 36 poemas que trata acerca de experiencias vitales relacionadas con el exilio en México y con dolores profundos y esenciales a propósito de la muerte de un ser querido en tierras muy lejanas. Obtuvo en 1986 el Premio Único de Poesía en el Certamen Latinoamericano de la Editorial Universitaria de Centro América, San José de Costa Rica.

En segundo lugar el libro *Los ríos por ejemplo* publicado en Chile en 1959 por el Grupo Fuego de la Poesía, reúne 9 poemas de la autora.

Por último, *Los que nos fuimos sin las cosas*, un libro inédito de 28 poemas, donde se explica la frase que resume y define de manera trivial pero también dolorosa a los que alguna vez tuvieron que salir de Chile.

(Nota de la Editorial)

UN POEMA INQUIETANTE Y MELANCÓLICO

Cuando Eliana Albala me propuso la idea de realizar el prólogo de su libro *Los que nos fuimos sin las cosas* me sentí gratamente honrada. Un año antes, en el living de mi casa, en una reunión de amigos, su hija Shlomit había leído para nosotros un poema precisamente de ese libro. Un poema inquietante y melancólico que me dejó sobrecogida. “Cuando regrese/ voy a llegar/ con veinte kilos/ de uno que otro incidente/ salpicado de tumbas”. Hoy al comenzar a leer tuve la misma sensación de asombro de aquella noche. Nos encontramos ante una poesía mayor, una poesía con nervio, con peso, con fuerza.

La autora nos presenta el poemario dividido en tres partes: “El otro lado de las cosas vivas”, “Los ríos, por ejemplo” y “Los que nos fuimos sin las cosas”, una división que parece ser más que nada cronológica. El libro está unido por un denominador común: la capacidad de abordar lo misterioso y complejo del fenómeno humano a través de hechos y situaciones de la vida diaria y con el lenguaje que utilizamos en la vida real. “Me gusta escarbar en las profundidades/ de los lavamanos,/ en las narices y el misterio/ de su contenido,/ en las orejas/ como pozos de mágico signos”. En otra parte dice: “Mis mejores arrugas/ tienen que ser,/ no cabe duda,/ aquellas/ tan sensibles/ y humanas/ (profundas,/ transparentes)/ que atravesando el tiempo/ y el espacio/ arriban,/ con innegable esfuerzo sorprendente,/ hasta mis hondos rasgos/ olvidados”. Eliana Albala le recita a la muerte y al amor: “Si yo me muero/ helada/ frente a los mares blancos/ tu amor se muere en mí/ que soy el eco/

que aún respira tu vida,/ que aún te sigue viviendo”. Le recita a la naturaleza: “El mar que gime, no./ Para mí son los ríos,/ rebeldes vagabundos,/ niños en la montaña,/ sembrando trigo al valle,/ fugaces remolinos/ cuando miran el mar”. Le recita a la soledad: “Cuernavaca, estoy sola,/ pero esta oda te envuelve en mis palabras”. Le recita al exilio: “Nosotros los amnésicos,/ ¿en qué idioma/ desarraigamos nuestra vida?”.

Todos los versos que Eliana Albala construye están hechos con la audacia de una mujer que sabe de qué se trata esto de estar vivo. Las cosas más sencillas o cotidianas las transforma en caminos que nos llevan, muchas veces sin darnos cuenta, a los entresijos más complejos de la experiencia humana. He terminado de leer el libro con el placer que experimento cuando mis emociones permanecen vibrando agradecidas por un rato largo. Espero que a ustedes les pase lo mismo.

Fátima Sime

EL OTRO LADO DE LAS COSAS VIVAS

Premio único de poesía en el Certamen Latinoamericano de la Editorial Universitaria Centroamericana “Educa”, 1986.

Organismo de la Confederación Universitaria Centroamericana
que forman la Universidad de San Carlos de Guatemala,
la Universidad de El Salvador, la Universidad Autónoma de Honduras,
la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua,
la Universidad de Costa Rica, y la Universidad de Panamá.

ME GUSTA ESCARBAR EN LAS PROFUNDIDADES

Me gusta escarbar en las profundidades
de los lavamanos, en las narices y el misterio
de su contenido,
en las orejas
como pozos de mágicos signos.
Me gusta presenciar el secreto de las heridas
escurriéndose
por un hilo amarillo
hasta quedarse blandas,
inesperadas,
donde penetra la lenta calma de los vacíos.

Me gusta escarbar en las profundidades
de los lavamanos
aunque mis dedos semejen un manojo
de estrechas callejuelas
conspirando.
Y es como si bajara al hondo refugio del futuro
cuando retiro mis manos de los huecos.
Y es por los orificios que conozco lo que vendrá
y me gusta.
Me gusta investigar las posibilidades
de los hondos silencios.

A veces
esperamos en las esquinas
lo que nunca vendrá
y es quedarse, de todos modos,
con las manos vacías en la sombra
plena de movimientos,
sin alcanzar a ver el largo de los túneles
ni el tamaño del tiempo
y saber qué es el mundo
entre los árboles desconocidos.

Es el extraño deseo de reventar
el más allá de un solo pellizco,
lo mismo que una herida se vacía
por su boca
en la carne
y decrece con lírico acento.
Y basta con saber que una aguja
puede abrir una pequeña puerta
por donde se cuele el asombro
hasta el conjuro de los límites
incansables,
hasta dejar la mancha de su redonda queja
triste,
para siempre,
como el zumbido de adioses,
a la manera de las actitudes agónicas.

PLEGARIA

¡Señor!
No te conozco.
El mundo va por tus calles
proponiendo
la cerradura de tu llave.
Si rojo, si celeste,
si tu vértigo existe
abajo, arriba, al norte,
no importa. No me importa quién eres.
Mientras tanto me ocupo de tu altar y lo limpio
ceremoniosamente
de toda culpa
para que en el aceite de esta noche me oigas.

No te pido una casa.
La que yo tengo
es limpia, es un objeto que sacude
mi corazón, y blanca,
pero de cielo y alma,
semejante a lo humano
y emerge
con cortinas
y puertas de celosos misterios.
Y platos, servilletas,
carne de las comidas,
sopa de los silencios.

Allí
las mesas
y las sillas
y el polvo
y las arrugas
van alisando el tiempo,
la pulpa de los panes,
la magia de la sábana.
No te pido una casa,
que ya la tengo.

Yo no te pido un hombre.
El que me quiso suya
penetró poco a poco
para dulcificar lo establecido.
Se baña
y está limpio
como la noche de los campos.
Ama las uvas y se calla
para comerlas en silencio,
y conoce su nombre
y también el mío.
Entonces, en las oscuridades
resuena mudamente la niebla
desgranándose
y cerramos mamparas
y ventanas,
apagamos las numerosas deducciones
y gozamos el mundo.
Yo no te pido un hombre
que ya lo tengo.

Yo no te pido un niño.
Por nuestra casa vuelan
sutiles prisioneros
hermosos,
basados en la lógica de los actuales espejos.
Ahora, mira, duermen,
mañana van al colegio
y conocen
la oquedad de los sueños,
y sollozan
como los pajarillos en otoño.
Pero ellos saben bien
que guardamos el fuego
para la harina de los días
mientras por sus mejillas
de largos mensajes
se revela la aurora
redonda en el molino
de sus brazos celestes.
Yo no te pido hijos,
que ya los tengo.

Dinero, no te pido.
Nos basta la memoria
deliberadamente olvidando;
basta los sueños de futuro,
borrosos, sin relieves,
para el dibujo exacto del destierro.
Afortunadamente alcanza con dormir
al brote de la luz,
del alba hasta el umbral,
aprisa,
recogiendo las lágrimas
y amasando los panes.
Paso a paso.
Nos basta.
En nuestro día arde
la madeja del viento,
los desvelos, las horas
que estrangulan
el tamaño del hombre,
y lo imposible
de los sencillos
y terribles ausentes
mientras el aire se hincha
con el sabor de un pino,
una mañana, un sol, una hermosa palabra en castellano,
y otras no tan hermosas,
canto, canción,
distancia, orejas,
sombras,
relojes
para tapar los intersticios del presente,
y no basta.
No te pido dinero.

¡Señor!

No imaginas
que mi rezo desvele la noche
para esto.

Que te dedique mi sobresalto,
que te forme, que te fabrique acaso
para un humilde llanto impalpable,
acaso para llamarte desde lejos
coleccionista de ilusiones,
tan poco como un estambre,
menos que un dulce grano.

Y dibujo tu aspecto
mientras la magia se incorpora
en mi seno,

porque puedes
y creo

serenamente en ti.

Porque espero, sin desconcierto,
que harás el milagro
aquí

en la silenciosa calma
de las distancias atroces,
dentro de tu nostalgia
consabidamente serena.

Y digo
que no tengo
ni tendré
la voz detenida
para llorarme
desde estos días iguales,
escasos,
temerosos,
con esos ojos míos que vuelan
por entre las ventanas al vacío
a semejanza del viento,
directamente hacia el influjo de la atracción celeste,
hacia la peculiar sustancia de tu secreto
imprescindible,
porque harás el milagro en un instante,
tan sólo en un instante lo que quiero,
lo que yo deseo,
lo que impetuosamente necesito
y en la total presencia de mi voz
no tengo.

Sólo puedo decirte,
solamente,
hueca de todo lo que de mí ha salido,
carcomida,
derritiéndome al tiempo
como tazón de cera retorcido,
relléname el vacío
no de miel
sino vómito.
Sólo te pido la estrategia
de las culebras
más infames,
de aquellas que levantan los más ácidos filos.
Dame entonces la aguja,
el aguijón enardecido,
el más henchido acero
para clavarlo en mi enemigo.

ARTE POÉTICA

Cuando tú y yo vagábamos
tomados de la mano
tal vez era más fácil
porque entonces la poesía se hacía en tecnicolor, ¿recuerdas?
Hoy nos irrumpe, en cambio,
como un extraño sueño sin visiones.
Hoy escuchamos ruidos
lejanos,
y cercanos.
Los ruidos que esperaban
agazapados detrás de los colores
soñando,
olorizando las muecas de los aburridos,
quiero decir
de la cursilería aristocrática.
¿Es posible encontrar clases sociales
en una imagen colorida?
No te rías, amor,
que hasta en la imagen se encuentra el odio
resentido de los colores
que no fueron ayer
y hoy son sonido
vibrando,
ritmando en las orejas del vecino sordo
de música.

Pesadilla que se derrama
vibrando
mustiamente
este domingo abstracto, ausente, incoloro,
que se asoma más allá del silencio,
más allá del olvido,
y luego pasa
envolviendo este recinto
en que se cosen corazones.
Tu corazón al mío.
El mío al tuyo.
Y el nuestro como un todo
que se cose al olvido.
Odio la poesía porque se escapa
con un golpe de grises dedos
acodados al muro del agua que se estanca.
He aquí el océano
de barro
en la otra orilla
y no alcanzas.
Pan cotidiano, viril y desgarrado
como un barco
viejo. Tumba olorosa
que parece vida
pero te acercas
y es el espejo el que palpas. Se te escapa el aliento.
Se yergue un vidrio frío
sudoroso,
palpable, helada angustia.
Parece fácil.
Parece.
Mito: hilo roto, desnudo brazo de espejo.
Odio. Odio la poesía que se escapa en espejos.

Oh amado ojo vulnerable, incompleto.
Ventanas al vacío. Otros vacíos más allá
del silencio,
de la distancia ausente, inescrutable.
Viento, mañana, sol,
barriga —nunca vista—
de cocodrilo arcaico. Mejor
diría mesa
pero por dentro: aroma
de la madera que la hizo,
perfumada, aceitosa.

AL SUICIDIO DE MAIAKOVSKI

Ah, cómo te has reído de Esenin,
el pobre,
el campesino sin olvido.
Y cómo has enseñado a todos
a hacer un poema funerario,
midiendo,
cumpliendo con las leyes de la poesía
y de la moderna retórica.
Tremendamente retóricos tus consejos
nacidos con el siglo de la ciencia lingüística.

Cómo es posible que sucedan estas cosas.
Cómo es posible que siendo tan inteligente
te hayas atrevido a contradecir con tu vida
lo que dijiste tan bien dicho
con tu sabiduría.

Cómo es posible desdecir de ese modo
precisamente a la sabiduría y a la ciencia.
El hombre es uno solo.
Pero parece ser que el tiempo
lo va multiplicando
y deshojando
como a las gordas rosas
llenas de contradicciones.

Joven, hermoso,
eras capaz de hacer mofa del suicidio.
Un poco mayor,
no viejo sin embargo,
fuiste capaz de pensar de otro modo.

Contradicciones.
Contradicciones todo el tiempo.
Antes o después,
más tarde o más temprano,
el hombre se vuelve su antónimo.

Vladimir, Vladi, Vlad,
o como Chejov te hubiera puesto:
he aquí un hombre que piensa así,
que acaba de comer y huele a grasa,
que acaba de bañarse y su cuerpo no suda,
que acaba de escribir un poema
y su alma vuela cada vez más alto
sobre las ondas aéreas
de la sedosa brisa refrescante
producida por los aplausos,
que acaba de reírse de la muerte
y su conciencia está tranquila.

He aquí que duerme con muy buena conciencia
porque ha sabido desprender
el espacio del tiempo,
porque se ha tendido
en la playa
y se ha puesto a esperar,
a escuchar,
a mirar
de qué manera pasa el tiempo.

Porque acaba de reírse de los otros poetas
y ya puede comer tranquilo
papas y manzanas
y oler a campo
de otoño.

Ay, Maiakovski,
acabas de romperte la madre
con esa criada
de enfrente
y ya puedes oler a mierda
y a antirrevolución.
Acabas de sentir
en carne propia
lo que a otros les pasa
y acabas de suicidarte
para dejarnos pensativos
frente a las decisiones del hombre
en algunos momentos de su vida.

Alguien dijo que ahora ya se sabe
que un hombre
puede tocar a Bach todas las noches
en su querido piano,
y escuchar a Chaikovski,
leer a Thomas Mann
y a George Elliot
e ir por la mañana
tan tranquilo
a su habitual trabajo
cotidiano
en Auschwitz.

Ay, Maiakovski, cómo hueles a genio,
a desgracia,
a belleza intocada,
a imagen fuera de foco,
a amor inescrutable,
a amado de mujeres hermosas.

Ah, cómo son hermosas las morenas
para los rusos sin sol,
llenos de nieve.

Ay, cómo hueles a nieve,
Maiakovski.

CORAZÓN REDONDO

Redondo
como una tumba
es el olvido.
Y es algo así que de verdad no sabes
si el corazón está cerrado
como un puño.
De odio.
De desamor.
De muerte.
De distancia.
O abierto como un libro.
He aquí mi corazón cerrado.
He aquí mi corazón abierto,
suelto y sin sangre
como un sabor de nada.

TENGO UNA NIÑA RUBIA

Tengo una niña rubia
graciosamente pájaro.
Cuando canta me inunda de secretos.

Sucede cada día que se roba palabras
como cáscaras
y las va sacudiendo
de música.

Pero ella sabe la extraña magia
del viento
y mi niña se cuaja
de celestes relámpagos.

Entonces escucho desprendidos
los antiguos olores de las cosas
y el eco
de abanicos
que sacuden el aire.
Dulcemente sucede
y su voz se va hinchando
de callados misterios.

Entonces puedo palpar todo el gemido
de la garganta al ojo
y del signo al recuerdo
-que se pasea como una dulce paloma,
dignamente-.
Y por eso,
mientras mi niña aprieta las semillas
yo las voy olvidando.

CANTA UN GALLO Y NO ES HORA

Canta un gallo
y no es hora.
Todos quisieron ser poetas.

¡Sácate el enemigo del pecho,
hormiga temerosa!

Las vueltas de la vida parecen
cada vez
a lo alto.

Protagonista
de las hondas rutinas sin tregua
anunciando las lunas de cada noche que pasó.

Busco los signos
de las cabezas que se fueron
y me sigo mintiendo conjeturas al agua.

Pregunto por aquellas pisadas
que empiezan a palidecer.
¡Administrador del infierno,
protégelos del mal!

Me voy por las escalas
escurriendo
el silencio.

En las batallas de los días grotescos,
un cargamento
de albas.

Para asistir a la hoguera de las desesperanzas,
acróbata de los andamios sin fin.

Canta un gallo
y no es la hora.
Ha de rodar el círculo para que nazca la vida.
No es tan fácil encontrarse a sí mismo.

ESPEJOS

Y ya parece que la alcanzas,
que es vida
que ya está en tu mano
como un descubrimiento
de sal
y pan
viril y desgarrado.

Azules, negras, coloridas de tinta
otras orillas ojerosas
desnudamente cotidianas,
desnudamente en un espejo
que te muestra la vida
pero por dentro,
resguardada de vidrio
y de calor encerrado
bajo techo.

Parece vida
y te acercas
y se te escapa la imagen
que palpita vacía,
desalmada,
silente en la distancia
inescrutable
de los mundos cerrados.

PALABRAS CAÍDAS

Un libro
que sacude el viento.
Un viento,
un libro
del que se caen
las palabras.

Palabras
poco a poco
hechas trizas
como los vidrios que se rompen
en las ventanas lentas
de las pesadillas.

MALTIEMPO

Absurdo y fecundante,
invulnerable
al territorio
de la geografía
y al temblor de la historia.

Imagen que se deshace
en dibujo nuboso
y lento
sin reloj ni distancia,
multiplicadamente alternativo.

Mientras,
el agua erigirá
su vertical investidura
irrumpiendo
como un largo navío.

COMO SI FUERAN GANAS DE VIVIR

Somos los músicos del viento.
Muertos.
Transladados de tumba.
Vamos hacia el olvido.
Mil veces hacia atrás.
Dos mil hacia adelante.
De este olvido a otro olvido
como si fueran ganas de vivir,
como si fuera lluvia
que revuelve la sangre
bajo los puentes de los ríos.

Sólo cuando los ojos
-que se hicieron para no ver-
digan que basta,
tiritando
como los náufragos
que nunca arriban,
llegaremos desnudos
más allá del recuerdo.

No hay recuerdo, hay poetas. Poetas, simplemente,
como penetra el viento
en el olvido.

CÍRCULO

Voy y vengo en redondo.
Girando hasta encontrarme
a mí mismo.

Hasta encontrarme el centro,
el nudo múltiple que recoge las olas,
las estrellas,
la muerte
y la vida
con cada uno de sus hilos.

Giro hasta que se desgarren
las lazadas
que van hilando poco a poco la tela,
el punto céntrico.

Giro para encontrar
ese punto,
el ombligo
del miedo.
Soy una redondela concéntrica
que gira
y gira
para que nada
la detenga.

RUIDOS

Te despojas de todo.
De lo que pensaste ayer.
De lo que podrías haber pensado mañana.

Y sacas de tu alma
hasta el más mínimo recuerdo,
hasta el último grano
de tu vida interior,
como si allí,
de adentro,
te cambiaras de casa.

Dejas vacío,
completamente vacío
el espacio
donde se acumularon pensamientos
y uno que otro residuo
de cualquier cosa.
Para que penetren los ruidos.
Te desocupas
para que se metan los ruidos
agudos,
estridentes.

Han inventado el ruido
últimamente.
Está de moda
y se mete en tu vida
hasta la médula
sin dejar un resquicio
de hueco,
un relleno de nada.

MUERTE

La luz y la oscuridad,
dos extremos sorprendidos.

Pero también lo hexagonal de la semiluz,
de la media-luz, de la luz opaca,
de la ultravioleta,
de la que anochece.

Oh, muerte negra,
semi-negra,
semi-estática,
adormecida
y activa.
Dispuesta
a saltar encima de donde menos se piensa.

Pero otras veces no es negra,
ni silenciosa,
ni definitiva,
sino brillante y conmovedora
como la roja luz del atardecer.
Y se tira a los pies

para que se calienten.
Se acurruca a los pies
lo mismo que los gatos que ronronean
y acaricia y llena
todo el ambiente
de un cálido rumor de sensualidad,
saturando, llenando, abarcándolo todo
con una luz definitiva
y el estallido sorprendente
de su llamarada.

Y ME DICES QUE NO ERAS TÚ LO QUE BUSQUÉ
CON ESTAS MANOS DE MINERO O DE
NÁUFRAGO

Si nunca has existido,
¿quién eras?
Te adiviné, te adivinaba
como los que descifran jeroglíficos.
Mi mapamundi,
todo lleno de rayas, dice
que sí estuviste
aquí,
conmigo,
equidistante.
¿Y si no, dónde andabas?
El sonido metálico, insolente,
de algún piano que desafina lejos
o de un arpa tajante,
no distingo,
me hace dudar. Dame la mano. No te vayas.
Eres el infinito
que se esconde
en las playas sombreadas por palmeras. Tortuga
ovípara
ahuecada en su concha.
Hondura de reloj
sin manecillas, ciego
y blanco
de asombro: negación de la cifra.

Y bien, te busco aún
en los mapas del mundo,
en los puertos
sin islas.
Te sigo en las distancias
de los puentes más largos.
Busco en los orificios
lo que quisiste ser;
en las enredaderas de las bardas,
adentro de los pozos,
en la espuma del agua,
en los balcones mojados de ojos
que alguna vez lloraron con tus lágrimas. Túnel
del sueño
que te horada.
Agujero del ojo
que no llora.
Laberinto confuso,
hondura,
ombligo,
cordón umbilical que se despliega
como un largo orificio,
y te atrapo
y no sé tu nombre,
y me dices que no eras tú
lo que busqué con estas manos de minero
o de náufrago
y a lo mejor no existes,
y entonces no me importa. No me importa porque a pesar
de ti,
sin ti,
vendrá el que tú no fuiste, el que no quieres ser,
el que no eres.

LOS OÍDOS NO LLORAN

Que para enneguecer se hizo el llanto,
que también para llorar se hizo el ojo.
Odio los ojos.
Los oídos no lloran;
doblan esquinas por el mundo.

ODIO LA POESÍA

Odio la poesía
porque es fácil,
muy fácil,
juntar,
acomodar esquinas,
retazos,
coloridos.
Intercalar marinos
que navegan de nube en nube,
y cosen.
Y agregar enseguida
no más
la sal y la pimienta:
arco iris
o mierda
da lo mismo.

Odio la poesía
porque es difícil,
muy difícil
ver otra vez de nuevo
lo que siempre se ha visto,
buscar otra ventana,
rescatar los reversos,
las caras escondidas
más allá de la sangre,
más allá del olvido,
y más distantes.

¡Difícil!
Llega desde la imagen
que se aprieta en mi puño
sólo un mudo silencio.
Y desde el canto
que escarba la distancia,
la máscara,
la hondura,
sólo el grito del eco
de la muerte y la vida.
¡Odio la poesía
porque es difícil,
tan difícil!

CURRICULUM VITAE

Todo podría resumirse
fácilmente
como una sensación sucesiva
que insiste
y se reitera
de corazón a corazón,
de guarida en guarida,
de infinitud a itinerario.
De peldaño
en peldaño.
Equidistante.

Somos el número premiado,
nada menos.
Mejor dicho
el boleto que alguien compró
en la lotería,
cuyos signos apuntan,
como un pacto estelar,
al increíble premio del futuro.
Correspondencia exacta,
matemática,
cuya señal se ajusta
milímetro a milímetro,
pero que sólo no coincide
en la última cifra.

FALSOS

Ah, cómo te engañaste.
Brotaron aires duros,
palabras huecas,
látigos de metáfora,
pero tú no los viste.

Ay, cómo has querido confundirte
entre el amado y traicionero beso
en la mejilla
y la verdad de lo frío,
de lo pegajosamente falso.

Falso ese beso,
falsa la sonrisa
y no quisiste descubrirlo. Podías,
pudiste, si lo hubieras querido.

Sólo bastaba levantar una pequeña cortina,
un pequeño papel envolvente.
Levantar apenas una pequeña oscuridad
repentina
pero tú no quisiste.

Tal vez te entrometiste allí,
de donde se escuchaba el piano.
La música,
nota a nota
tan nítidamente inconfundible
como un Chopin repetido,
martilleado y dulce
a cuatro manos. Sin confusión.

Pero no has intentado
introducirte para ver que hay detrás
de esa sinfonía
tan armoniosa,
tan bien-sonante.

Falso, todo. Y te equivocas
si crees que no existía adentro lo hostil,
lo negro, lo que te repudia,
lo que no cree,
la otra cara del beso,
las oquedades de la risa,
lo mudo,
lo silencioso de la carcajada,
lo oscuro de la luz.

Pudiste.
Sólo bastaba
levantar un pequeño velo,
pero no te atreviste.

ESCARABAJOS LENTOS QUE TRANSITAN

Y bien, ya somos roedores,
arañas,
salpicaduras obstinadas.
Escarabajos lentos que transitan por calles, latitudes,
espacios,
litorales,
campanas de la tarde, iglesias muertas
de sol y siesta, catedrales de retumbante sonido
antiguo,
nuevo sonido de los micrófonos desiertos.

Y bien,
ya somos pedacitos
de náufrago.
Trayecto,
ligaduras que se rompieron obstinadas y lentas.
Ceniza que se alarga.
Amasijo, manzana,
arcilla silenciosa
que se aferra al planeta.

Y bien, ya somos cifra,
número,
última cifra del tiempo.
Tiempo que se mide hacia atrás,
y se desanda alucinante.
Se desanda poco a poco hacia atrás,
exactamente,
de fractura en fractura,
de metal a semilla.

Fecha que se detiene y mengua.
Número, día, hora, tiempo que se detiene
y mengua hacia adelante.
Tiempo que crece y crece
atrás,
detrás,
inversamente
hasta hundirse en su origen.
Minuto que no avanza.

SOY YO MISMA

Yo misma.
Soy yo misma
la que se ríe a gritos,
la que habla a gritos
como una charlatana de feria
y aquella que practica
esa oscura,
casi maciza
vocación de la soledad
por el otro costado.

La que quisiera
a veces
no explotar
con su ruido
que cae
como una flecha
inesperada
y hiere rostros
con la boca abierta.

Soy yo misma
aquella silenciosa
que socava y hunde
y condena
el ruido.
Esa que ama
el silencio
y la oscuridad
de las cortinas cerradas.
Esa que cierra las cortinas
y vuelve el día
plenamente asoleado
en estallido
de lámparas.

Soy la misma,
y nada
ni nadie
desmentirá
mi doble esencia
de grito irrefrenable
y silencio estancado
como el agua mansa.

HOY COMIENZA EL OLVIDO

Imagina que son las ocho, las nueve.
Hoy comenzó el olvido.
Comenzará después, pero hoy comienza.
Imagina qué hubo
anteriormente.
Pensemos bien, pensemos qué habrá desde este punto
hacia atrás.
Mapochos fugitivos.
Cadáveres llameantes.
Por entre el barro helado de la primavera andina,
qué habrá, qué quedará de esta mañana a medio filo
entre el recuerdo de tantas cosas olvidadas.
Cosas que ya no están, que ya se fueron.
Avíseme si es que le pasa alguna cosa
desde los ojos muertos de esta tierra
surcada de ríos, de molinos de nieve.
Pensaba cómo haremos para olvidar
esta sequía.
Ensangrentadas o límpidas
qué haremos para surcar estas visiones
de barro, de ceniza, de fuego.
Qué haremos para acordarnos del mar
que entibiaba el invierno,
qué haremos para cantar sin voz,
así, desafinados ríos que bajaron de nieve

y lodo,
que no sabían empezar a cantar. Qué haremos
para acordarnos de esos ríos,
porque su voz es la nieve
que se derrite
en medio del olvido gritando,
cantando sin sentido,
sin saber qué se canta,
enflaqueciendo,
aserrando.
Para ti no hay olvido,
carabinero loco temblando en cada hoja
de la mañana, reviviendo
las caras de los muertos
que no mataste,
que no mataste tú,
pero que sí mataste. Lo dice este violín que escucho
y desafina
a veces
cuando viene el recuerdo.
Pero hoy es el olvido.
Vendrá el olvido, ¿recuerdas?
¿Algo recuerdas, violín desafinado?
Tibio caudal que se levanta, que irrumpirá
en volcán, como larga fatiga
de violín estridente.
¿Por qué será que todo es hoy
más difícil?
Mi ceniza en el viento hoy volverá a ese viento
abatido, azotado,
derritiendo a pedazos
todo el recuerdo
de la sangre y la muerte.

HAY DÍAS LUMINOSOS

Hay días luminosos
en que montañas de otros mundos
se retratan ante los ojos.

Hay días luminosos
en que la transparencia del futuro
se nos queda en los ojos.
Hay días luminosos
que parecen tender a la radiografía
matemática.

Son esos días
en que los seres humanos
logran verse
hasta el fondo.
Son sólo algunos días
en que su pensamiento está tan claro ante mí
mientras sus cuerpos se iluminan
sin dejar el menor resquicio
para la oscuridad.

Mientras el aire llega de lejos
como si el pasado regresara
de pronto
para iluminar el destino,
yo puedo ver la arruga de la desesperanza
y la no aceptación de esa arruga
en medio
de las caras que fueron bellas.

Hay días luminosos.
En esos días veo más.
Veo el odio. Veo la soledad.
Veo las cataratas
que deforman lo azul
de algunos ojos.
Veo dejar las armas
sobre el escritorio
y entonces
digo frases
que revuelven las tripas,
que no se olvidan
fácilmente.

Por suerte,
los días luminosos
no siempre son,
no siempre están

Por suerte
esa luminosidad
en que las montañas lejanas
y el futuro
se ven prácticamente en las narices
-milagro del aire y la distancia,
milagro de la vista
que puede ver más con el sol
y la luz de esos días-,
por suerte no siempre hay esos días
y podemos vivir
con los seres humanos
de igual a igual:
cada quien oscuro para el otro,
cada quien sin saber qué pasa con el otro,
cada quien sin pensar en el otro,
cada quien sin ver nada en el otro.

Por suerte
son muy pocos
los días luminosos.
Porque en los días luminosos
se dicen
frases célebres
que nadie olvida.

DE PERSONAS, Y REVERSOS, Y TUMBAS

Hay un niño que llora
a gritos.
Una campana de iglesia,
un claxon,
una victrola,
imponderables.
Hay tanta hondura.
Tanta increíble fuerza más allá de la muerte
de los amigos muertos,
de las tumbas vacías.
Y es un grito que llora en una iglesia.
Un automóvil mudo pero enfermo.
Un tocadiscos loco
que se persigue a sí mismo
con el mismo sonido largo,
con el mismo sonido estático de un grito
y no sabes si es ruido
o si es silencio,
el más largo silencio,
que nunca has escuchado.
Del otro lado del alma hay alguien, algo que espera
la imagen de otros ríos, otros mares

azules, otras marchas
para seguir el ritmo de los funerales.
Y por eso,
cuando toco mi flauta a la orilla del tiempo
yo no sé, no lo entiendo,
si camino o me estanco,
si estás huyendo
o me alcanzas,
si avanzo o retrocedo.
Nunca sabré,
sobre todo ese día en que tenga en mis manos
un palito,
una aguja,
para horadar el duro cráneo
de los antónimos absurdos
que no son otra cosa
que la misma cosa
pero más tarde
o más temprano.

CASA SELLADA

Fueron lejos mis pies
y me dolieron,
pero se hicieron piedra.

Mi corazón viviente,
saludable,
se me llenó de culpas
y dolía
pero se me hizo piedra.

Me dolía el cerebro
de soñar futuro
y delinear recuerdo,
pero se me hizo piedra.

Tantas piedras
entre las tuyas y las mías
llenando huecos
en tu tumba.

UN LLANTO INCONTENIBLE

Pasan los años
y uno camina por la calle
como si nada.
Como si siempre
hubiéramos sido completamente solos,
solitarios
de nacimiento.
Sin hermanos,
sin hijos,
sin tierra,
y sin nada.

Nada que verdaderamente ataña al hombre.
Tal vez más parecidos
a uno que otro animal
de los que viven en la selva.
A los que son más solos.

Como si hubiéramos nacido de nadie,
así, volando,
viniendo de París
sobre alguna cigüeña.
O saliendo del vaho de las teteras
como los genios de los cuentos.
O quizá de madera,
como Pinocho.
O de nada,
como el Golem
y Adán.

A lo mejor
la soledad de Adán
es la más expresiva
porque es un sueño,
una ficción,
un producto del arte
—sin olvidar que estaba Dios
de por medio—.
He ahí a Adán,
el primer hombre de la tierra.

Cuando ya crees orgulloso
que eres un nuevo Adán
nada más que sin tierra,
cuando ya crees que tu costumbre de soledad
se ha refinado
y pulido
hasta la perfección
como un diamante soberbio,
cuando ya anduviste de acá para allá,
cuando ya crees que superaste tu dolor
y la sonrisa te llena la cara
y los músculos de la espalda
te funcionan bien
y los huesos de la cadera
te permiten caminar erguido,
cuando casi todos te envidian
porque sí y porque no,
porque te subestiman
o te sobreestiman,
porque simplemente
no saben ni siquiera
cómo te llamas
o porque te conocen demasiado,
alguien entonces,
cualquier entrometido
te pregunta quién eres
y al responder te obliga a dar el nombre
de un nuevo estado civil
y quiere que tú le digas
con quién vives
en esa casa tan linda
y tan llena de libros
y de olor a futuro,

o quién te llama por teléfono,
o a quién invitas los domingos,
y entonces sin sospechar por qué,
sin poder contenerte
sale un llanto a raudales
de tus ojos
y piensas
que está muy bien
tu máquina de llorar.

Y la verdad es que esa máquina
está bien
aunque no sepas claramente
de qué modo funciona.
Un llanto que se despeña
como una cascada
en el momento menos indicado.
Generalmente frente a extraños.
Frente a dueños de tiendas
de fotografía
que entregan ampliaciones.
De pan,
donde se compra aún
más pan del necesario.
De fruta,
donde siguen estando las manzanas.
De la peluquería,
en donde los espejos
te recuerdan
que no estás solo
sino muerto
y pudriéndote
de la única mitad
que de veras amabas.

CUANDO NO TIENES QUÉ COMER

 Cuando no tienes qué comer
te comes a ti mismo,
te autofagas, te autófagas,
te empiezas a comer lo que tienes más cerca,
por ejemplo los músculos.
Uno entonces empieza a autollenarse la boca,
a autochorrearse con sus propios músculos
transparentes de nada
y de todo,
de muerte y de vida: he ahí lo que te comes.
Y luego sigues y te comes tus segundos premios,
tu aurora,
tu salvaje aleluya,
tus cuentos, tus novelas que alguna vez
corrieron la carrera de la sangre y la vida
pero llegaron con aire trasnochado y frágil.
Y tomas vuelo y sigues y automasticas tus poemas
y los que nunca lo fueron.
Ésa es la ciencia
de las dietas
hoy. Cotidianas, latentes, verdaderas,
de bajar medio kilo con músculos intactos.

No te comas los músculos.
si ya no tienes qué comer autoaliméntate
de rojo y de blanco,
de la nieve y el frío. Cualquier cosa que alguna vez tuviste.
Por ejemplo, la imagen
que era tu huésped habitual,
que te acompañó de colores.
O bien, todos los miedos,
toda la historia viva
de tus vértebras largas
y te la comes en saliva,
con tu grasa
y tus nervios.

Cuando no tienes qué comer te autofagas
cementérios lejanos.
Aquellos que no se ven
pero que escuchas
en el desvelo fantástico de lo nunca visto.
Ven, y automordámonos dormidos,
autoofrendémonos de sangre:
muertos,
dispersos,
acosados
vigilando la sangre
con una lógica tan pura
que se amuralla
y te la comes.
Te la comes ahora,
corazón enfermo. Comamos corazones.
Autofaguémonos babeantes,
ahuecados, silentes, milenarios,
con un gesto de capitanes
que se frustraron, que se comieron a sí mismos,
que se comieron los músculos
junto con el café de la mañana,
con el hastío del mediodía,
con el café de la mediatarde.
Te autofagas el corazón,
te autosilencias el oído:
tensos latiendo a flor de piel;
rojos de sol aún
y de silencio.

Este silencio sabe meterse por todas partes
porque —a final de cuentas—
no es más ni menos
que una cuestión de oído,
de hastío,
de veremos,
de comerse la imagen
que iba a dar ese salto suicida
en la distancia,
ese salto mortal del equilibrio ausente.
Ese salto del número a la esencia,
a la sustancia,
a la génesis.

Caminos, brazos, venas
que se deshuelan como la nieve en primavera y corres,
corres como un Mapocho ensangrentado, imposible, distante,
idealizado, olvidado más allá del olvido,
más allá de la espuma,
más allá de su proa
que enfila hacia el oeste
—¿hacia el este?—:
no sabes,
no lo sabes,
sólo falta que comas,
que te autocomas la pulsación viviente de tus nervios. Salada.
Fría de músculo blando,
derrotado y silente.

OÍDO QUE SANGRA

Oído que no escucha
y sangra por las calles,
compañero del ruido
perseguidor de los silencios.

Ruidos de piedras
y de huesos rotos
que van llegando poco a poco
de alguna guerra olvidada.

Oído sin raíces,
sin hilos sueltos,
enemigo de la madera,
con sabor a nada.

AL OTRO LADO DE LOS SUEÑOS

Pues sí,
me voy,
te vas,
y horadamos la noche,
pero así no,
no vale este silencio
ni tus pasos absurdos,
ni mis manos de espuma,
ni el oído esperando
en tu puerta, en mi puerta.

Hay que poner el oído en el más allá,
del otro lado
y no puedo.
Sólo silencio en tu sueño,
en mi sueño.
Así son.
Así lo que soñamos: mudo desierto.
Arrodillado y mudo.
Un día, ¿tú lo crees?,
comenzará el agua quieta de tu sueño y mi sueño
a entonar
una canción estridente
y mi sueño y tu sueño
se marcharán a otro planeta
volteados,
hechos de nuevo
nervio,
sangre, vigilia
saludable,
lógica pura, ciencia inalcanzable.

ÚLTIMA CIFRA

Alguien,
alguno,
nos sostiene de un pelo
en plena montaña.
Silencio.
Suspendo el ruido del mundo
para oír mi propio sueño
tendido
al viento. Última cifra de este número
que no se acaba,
que viaja montaña abajo
sin acabarse, sin romper la cadena
de su sonido.
Última cifra somos de esta cadena
de aire
y sonido exacto.
Apago el ruido para oír mi latido,
nuestro ronco latido que no se amarra
a otros silencios.
Última cifra que no canta.
Que se desprende al aire
como cascada de naufragio.

A VECES DE REPENTE

A veces, de repente, dan ganas
de inventarse ruidos de mar y viento.
De viento contra el mar.
Ceremoniosamente.
Quisiera a veces
que hubiera alguno por ahí
para pedirle cosas
como piden los niños.

A veces
sería tan bueno amanecer
con los pulmones,
con el estómago de un niño
a quien tiemblan los ojos
de un azul imposible.

Dan ganas de empezar
a irse lejos
ensoñados de sur
y muerte,
de tierra y tumba,
de puentes que amarraron
el recuerdo al olvido.

Dan ganas de ser dios
temblando
del oído.
Al revés.
Un dios pero al revés,
que se fabrica solo
a sí mismo
limpio de recuerdo,
de olvido,
milenario,
despierto.

Diosero dios
limpio de tumba
doblando las esquinas,
atravesando techos
con las manos sucias
de su propio barro.

UN CANTO COMO EL VIENTO

Qué fácil era decir te odio.
Pero más fácil
cantar a voz en cuello.
Es la moda.
Porque el canto se escapa como el viento,
quedándose inhumano.
Deshaciendo el minuto,
envolviendo el recinto.

VIOLÍN DE SOMBRA

Lejana,
más allá
o más cerca,
en los inicios de la noche
mi sombra
se abalanza rodando
hasta el silencio que sabe
de su forma arcaica,
de su forma eficiente
que la sostiene en el aire
como una campanada de domingo.
Escucho ahora un violín que se apega al oído
mientras el aire del vecino
hoy se silencia
agudo
poco a poco
alargado
del mismo modo que en las catedrales
de vidrios góticos.
Silencio agudo de este violín famélico
que trepa

hasta mi sombra
tecleando con un dedo
frente al encierro de la noche.
¿Escuchas tú cómo se arrastra
ahora
este grave latido
de violín nocturno?
Torpe
y más torpe
al fondo de las aguas
de otra noche estancada.
Poema del silencio,
¿quién vendrá a rescatarme?
Interminable brotas desde la piel
y de las piedras
y toda esa distancia
que retorna al silencio.
De este silencio en crisis que se escapa.
De este silencio de la espera
y la sombra.
Mi propia sombra majestuosa
que se agacha para saber,
calcárea, anquilosada,
qué sucede en el eco.
Intactamente dura,
calcadamente entera
rescatada en el hombre.
Adheridos, tú y yo, a mi sombra
parpadeante que brilla
humanamente
sabia
cuando pierdo mi concreción
y ella se estira y tensa

y se adelgaza
para caber en los violines
de silbido estridente.
Yo he estado aquí una vez
metida en los violines
apasionadamente contenida
y larga
como un sollozo interminable.
¿Pero es posible acaso
la contención apasionada?
Fin de frase de radio,
de la T.V. o de un disco.
Me han estirado las cuerdas
a alturas increíbles
chillando y desarmando
tímpanos. Yo estuve.
Yo he estado aquí una vez.
Aquí, lánguidamente, junto a mi sombra
sibilante
viviendo entre violines
que destemplan las tripas.
Alguna vez
interminable.

OTROS OJOS

El viento bota las hojas de los árboles.
Mi oído me lo dice.
Mi oído milenario que sabe
distinguir entre el ruido
de un piano
y el motor de una estrella.
¿Escuchan?
Es el silbido de la tortura
conectado al crepúsculo.
Acaba de pasar aire arriba
un bulto iluminado
con un leve olor a recuerdo.
Extraño avión desconocido
que mis ojos no saben.
Ojos que nunca saben.
Ojos estúpidos
que sólo se aclimatan entre cuatro paredes,
que no derriban las paredes,
que no caminan por mi cuerpo
así,
para agarrar los cuatro puntos cardinales,
o el olvido tal vez

agazapado atrás, abajo,
pero dispuesto a gritar
con el poeta.
Digo poeta como quien dice oído.
Como quien dice espalda, olor, olfato.
¡Ojos estúpidos
que no derriban las paredes!
Que no caminan por mi cuerpo,
que no se instalan a mi espalda
para mostrarme
la estructura
de mi propia sombra.
Digo poeta
en el sentido
de lo poco que queda
para agacharse y mirar.
Digo poeta como quien dice oído,
como quien dice espalda, olor, olfato,
que se meten por todas partes
sin pedir permiso,
sin preguntar a nadie.

NO ES FÁCIL

Prisionero de mí busco la orilla,
la otra orilla que retrate mi espalda,
la ardorosa columna, el esqueleto marmóreo, otra cara,
la otra moneda que me esconde.

No es fácil.

No es tan fácil encontrarse el revés,
la estatura cerrada de la próxima cárcel
a la que vas cayendo
desde un salto pesado
en que las alas no se abrieron.

No es fácil. No es tan fácil saltar
hacia uno mismo
con las alas cerradas
y el corazón cerrado
sin saber

dónde están

otras alas,

dónde está

el aire,

dónde están esos ojos
que puedan ver exactamente
desde dónde te lanzas.

CUERNAVACA DOBLADA EN LOS ESPEJOS DEL AIRE¹

Cuernavaca, puente que vuela en la espesura
aferrado al vacío
repitiendo, copiándote el reflejo
de tus jardines amarillos,
morados,
fucsia—naranjas
agresivos de espinas
o ascendentes y rojos como llamas
que toca las vibraciones de la historia
reptando las paredes.

Mientras tanto, doblada en los espejos del aire, Cuernavaca,
te extiendes boca abajo
de bruces contra el sur
para alcanzar el mar
que está tan lejos.

1 Poema ganador en los Juegos Florales del Honorable Ayuntamiento de Cuernavaca, 16 de Septiembre de 1984.

Cuernavaca, camino de las geografías,
yendo y viniendo por las encrucijadas del planeta
distante
en la distancia de espacio—tiempo.
Llena de mundo
desde los fundadores de Cuauhnáhuac.
Llena del sol y el agua del descanso
nada tienes que reclamarle
al frío del invierno.
Cuernavaca de los días cálidos,
de los vestidos descubiertos,
de las casas gozosas
que esperan fieles en los prados.

Cuernavaca de los artistas que dibujan
tu luz,
poetas de las cosas bellas
poniendo orquídeas en tus árboles.
Aquí se sientan contra el sol
para estar a tu espalda:
multiplicada huella de quebradas, calcándote
a ti misma, matemática.

Mural abierto al mundo,
mirándolo
pero sin descubrir tu cara,
sin concedernos todavía la inagotable efigie paralela
que escondes boca abajo
hacia el mar
como buscándolo,
como yéndote,
como dándote a él desde la altura
mientras saludas
—repitiéndote, saliéndote de ti—
muchedumbres de afuera
que se miran en ti desde muy lejos,
con los pies en la arena.

Cuernavaca, que existes florecida
de gente
desde hace treinta siglos.
Tus mesetas se cortan
por cañadas tan hondas
como el goce escondido
de aquellos que tallaron la obsidiana,
como el orgullo sordo de los que en Teopanzolco
edificaron la “Pirámide de los Templo Gemelos”,
hermana del gran tempo de Tenochtitlán.
Teopanzolco, santuario de la fecundidad y de la guerra.
Teopanzolco, santuario de la lluvia
que germina en los montes.
Teopanzolco, santuario de los vientos
para que el polen de la historia se reparta
y no muera.

Cuernavaca, albergue de mi vida.
Yo también soy de lejos.
Y es necesario que levantes tu hundido rostro
y me lo acerques
para hablarte al oído.
Es preciso que pongas el oído
y el alma
que te regalo aladamente
para que puedas escucharme
desde ese cuerpo tuyo esbelto y alargado
que te repite prolongándose
reflejado en el aire
porque serás —llena de pájaros sonoros—
la otra cara del diálogo.

Cuernavaca, estoy sola,
pero esta oda te envuelve en mis palabras.
Dentro de ti, mi compañero
ha muerto
inolvidable
para siempre en tus brazos.
Y te quedaste en él,
(y en mí —que soy el eco
que aún respira su historia—)
primaveral, geográfica, dilecta, multiplicadamente viva
para siempre
en su muerte.
Con una fecha irreversible, incuestionable,
para siempre
en su lápida.

LOS RÍOS,
POR EJEMPLO

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía,
Santiago de Chile, 1959.

PRÓLOGO

Porque no sé cantar
y mi voz es opaca
como un cuerno salvaje,
tengo en la boca rumor a vino turbio
y la saliva triste
de no haber comenzado.

Canción, estabas muda
como un volcán callado,
tibio caudal, sonido,
te azota mi lamento
fundiéndose en raudales.

Áspero canto rudo, pero mío,
voy a cantarte así,
lloviéndote a pedazos
desde el agua más pura de mis ríos.

Hoy es como una jaula
de plumaje abatido.
Un beso proyectado
de trabajo a fatiga.
La arcilla del amor,
la cintura del pan
deshilachando el humo
de todos los cansancios.

Mañana somos agua de verdes brazos libres
o trigo hacia los vientos:
una sola gavilla
cimbrando su cabeza.

Cruje mi voz dividiéndose en leña,
canto, canción,
madera transparente llorando llamaradas.

PARA MÍ SON LOS RÍOS

El mar que gime, no.
Para mí son los ríos,
rebeldes vagabundos,
niños en la montaña,
sembrando trigo al valle,
fugaces remolinos
cuando miran el mar.

Amor, amo los ríos,
(cristal,
rojo alambre de arcilla, azul
o simple tierra),
porque el eco de siempre
se reparte en astillas.

MAPOCHO,
HERMANO OSCURO

Porque sucede ayer,
mañana, cualquier día sin nombre
y bebamos el moreno cansancio
de este río de América,
negro espejo de Chile,
Mapocho, hermano oscuro,
que va enhebrando puentes
con un hilo de barro.

Amor, amo este río,
el primero en mis ojos,
sorpresa en mis oídos:
lo conocí partiendo
mi ciudad en dos trozos,
cortándola en pañuelos
con rumor de tijeras.

Amor , tú y yo sabemos
el sabor de esta tierra
filtrando sus raudales,
torrentes fugitivos,
molinos con su canto
mordiendo las cascadas.

Rocío, espuma, nieve,
el agua enmarañando
su mojada fatiga.

Y amo este río turbio,
preso vaivén, lamento,
más que a todos los ríos de mi casa;
aquel que nadie escucha
ya enfermo de rutina,
amor, pero yo puedo
mil veces abrazarme
a su muro de piedra,
y siempre encuentro allí
la humedad de tus besos.

EXTRAÑAMENTE HACIA ARRIBA

Allí, donde la lavandera baila en los pañuelos
y hunde la blanca vela de su sábana
cada verano, un río,
desde siempre me espera.

Desde la arena,
al sur y en una esquina
del mar
lo encuentro jubiloso,
mojado de ternura,
deshojando en su lengua
la arcilla de mi cuerpo.

Yo conocí este río
extrañamente hacia arriba.
Se alzaba como un látigo
frente a los sauces tristes,
roedor estridente
reptando la quebrada.

Amo este río puro
que se escapa hacia arriba
porque es extrañamente el agua
que sabe
devolverse a su origen,
que hacia arriba se empina, se enmaraña,
se vuelve enredadera,
arbusto, zarza trepadora,
copihue transparente.

MIRO BAJAR LOS RÍOS

Miro bajar los ríos
y quebrarse en la arena
como un hueco gigante.
El mar inmenso muerde
la humedad de su llanto.

Así no quiero, amor, no quiero,
no será que yo encorve
la hoguera de mi voz
y tiriten mi nombre
frente a las olas trágicas.

No caigas, no prometas,
jinete de cristales,
el hilo de tu lágrima.
Hunde en mi mano
tu larga travesía
jubiloso de espumas
y será que yo escale
tu vereda mojada
y serás increíble
trepando las alturas.

RÍO SECO

Fue así como un recuerdo
desde el agua invisible,
canal, cuenca dormida
abismo ilimitado.

Me llamaba su voz
en el norte desierto,
y era un quejido largo
de salvaje sonido
como un ronco silencio,
y en un algo distante
su espalda de lagarto
desde el fondo undulaba.

Triste reptil de arcilla.
Era el grito del polvo
que no pudo ser carne.

RÍO DE CIELO

Entonces,
por aquellos que somos
de la calle y del tiempo
cuando en el aire vuela
la distancia del ala,
viene la lluvia y cae
como un río de asombro.

Amo la prolongada gota
de este río que llueve
desde un cielo a la tarde.
Amo el agua que emerge, repetida
desde donde se ignora,
mientras por ella se alza
la calle al universo.

PERO A MI RÍO LO LLAMAN PETROHUÉ

Yo he visto en mi país, tierra de montes
y de naturaleza,
un río azul inesperado.
Algo así como un niño
de furia y ojos claros
entre amigos opacos, ojos grises
y monótono cuerpo
de barro humedecido.

Pero a mi río
lo llaman Petrohué y es hijo
de familias sureñas;
y el color y la espuma,
el estremecimiento
le llegan,
a través de las rocas y la arena,
desde un lago en penumbra
como un cielo nocturno,
un cielo azul oscurecido
que nos moja la tierra.

Yo digo,
yo que escuché su canto
y he visto su carrera
y los temblores
de los acantilados,
yo digo
este río no es río,
es una fiebre helada
vibrando en los caminos.

RÍO PROFUNDO

A veces las palabras
se quedan en el vientre,
prisioneras y absurdas
como un pájaro muerto.

Entonces, que los ojos
y la sonrisa larga,
desde el fondo entreabiertos,
desenreden su canto
con un grito rebelde.

Pero sucede ahora,
no ayer, ni entonces, ni después
que mi voz deshilacha
la distancia sin límites.

Arriba el agua avanza
tranquilamente detenida,
lomo de bestia dulce,
oscura bestia,
oscuro lomo de bestia dilatada.

Mi corazón,
redondo remolino,
raudo trompo de espuma,
insiste, derramándose,
con el agua más pura
de su voz sumergida.

LOS QUE NOS
FUIMOS SIN LAS
COSAS

Volumen de poemas no publicados.
Cuernavaca, 1993– 2011.

LOS QUE NOS FUIMOS SIN LAS COSAS

 Cuando te mueres,
alguien se posesiona
de tus huecos.
Quise decir
tus cosas,
simplemente las tuyas,
que deshabras
y despueblas.
Si tú te mueres,
otros se adueñan
de tu historia.

 Si te fuiste sin cosas,
no queda alternativa:
está afuera
para siempre.

Pero, ¡cuidado!,
si regresas
y pides
lo que creías que era tuyo,
las cosas te traicionan, se marchan, retroceden,
se adhieren a los otros
ya vacías
y extrañas.
Los que se han ido sin sus cosas
simplemente se han muerto
privados de memoria,
locos fantasmas
olvidados.
Cuando regresen
de otros mundos
volverán a la nada.

Si tan sólo regresas
como los magos
o los malabaristas que giran las muñecas
con las manos livianas y vacías
no serás más que un muerto
que ha perdido la tierra
y las raíces.
Te entregarán un mundo
de palabras huecas.

Los herederos permanecen
para llenar tus cosas
con la historia de ellos.
El mundo está colmado de los que te heredan.

Si te vas lejos, si te vas,
guardas tus cosas
bajo siete llaves.
Cuando retornas
ya han cambiado las puertas.

La tierra es una sola,
el mismo sol,
en todas partes.
Hay vastos campos sobre el mundo,
alumbrados,
y flores
coloridas.
Trigo amarillo y nubes
que simulan formas.
Y montañas,
y por allá —tan altos— los volcanes.
Tierras baldías, muchas veces.
No es cierto.
No somos desterrados.
Nada más, simplemente,
los que nos fuimos sin las cosas.

Te vas tan leve
como los turistas:
completamente alado.
Vuelves materialmente a lo concreto.
Pero las cosas se han llenado de otros recuerdos:
tu historia ya no existe.
Sólo las cosas sustentan la memoria.
¿Dónde está el molinillo
de moler pimienta?
¿Dónde mis blandos, dulces libros
rayados, subrayados?

Los que se fueron
dejaron muchas cosas.
Por ejemplo, mis libros:
los libros pesan tanto.
Un Baudelaire forrado en cuero
perfumado
con ridículas letras
pretenciosamente doradas:
sencillamente un incunable. Ideas.
Algún objeto más allá del objeto.
Cierta lugar de la ciudad, sin duda,
hollado y consumado, lleno de ti
y de mí,
con nuestros corazones
grabados en los árboles.

Casas con sus olores
tan suavemente cotidianos.
Y estanterías colocadas en las paredes del alma.
Umbilicales pupilas del amor
o el miedo:
abrazos en los parques,
furtivos escondites
para alejar
a madres y nodrizas.
Promesas sin cumplir, seguramente,
pagarés no pagados.

Historia quiere decir abuelas,
bisabuelas,
supervivencia solidaria.
Sin mis voces
soy solo
y el mundo está vacío.
Cuando regrese, voy a llegar
con veinte kilos
de uno que otro incidente
salpicado de tumbas.
Sin nada que perder
o que entregar:
hueco de signos.
Simplemente
sin nada.

Las cosas nos traicionan.
Los que nos fuimos sin las cosas
regresaremos a la nada: otras historias,
otros recuerdos,
fetiches,
muertos amuletos.

Me voy,
y las cosas entonces
se llenan de otros síntomas:
extrañas
polisemias.

Hubo también algunas esperanzas:
amores ya perdidos.
Después no son sino tristezas
que alguna mano diligente
botará a la basura.

Muertos papeles
ya podridos
en el gran basurero
de las cosas inútiles: infancias,
mocedades,
besos furtivos en los parques,
desmemoriados besos muriéndose de miedo.
Murmullos —como de muerto—
flotando
en las esquinas.
Tu voz de calle en calle
sonando diferente.

Conversaciones
bajo un árbol
que se quedaron en el aire
colgando de la lluvia:
en cada gota
una liviana sílaba inexperta.

Cosas: antigüedades llenas de raíces.
Cambios de dueño: propiedad privada.
Cambios de valores: ideologías que se guardaron
en los cementerios
celosamente horizontales,
laboriosamente foliadas.
Cambios de precio: las cosas, ¿cuánto valen?
Cambios de uso: ciertas degradaciones
muchas veces injustas.
Cambio de sueños: ¿dónde están mis poemas?
Cambio de historia.
Cambio de recuerdos.
Cambio de memoria.
No vayas.
No regreses.
Ya no hay lugar porque bodegas
y desvanes, y armarios
y alacenas, y perchas
y gavetas
se atiborran de cosas
y fantasmas.

He aquí qué lejos
han quedado tus caos
y tus génesis.
¿Pertenece alguna vez a otro planeta?
¿A otro dios?
¿A otros espacios mundanales?

Desmemoriados repartidos,
lanzados,
desperdigados por el mundo,
escuchen:
Cuando regresen, ya no recordarán su propia historia,
podrida en la basura de las cosas inútiles.
Palabras que caían una a una rodando:
se fueron por el río,
aireadas y livianas, sin siquiera mojarse.
Nosotros: los amnésicos.

Nosotros los amnésicos,
¿en qué idioma
desarraigamos nuestra vida?
¿Pensando qué palabras,
escuchando qué ruidos
amontonábamos el tiempo,
las lentas muertes cotidianas,
la inevitable
perfección
del cosmos?

¿Con qué mano
nos abrochamos el abrigo
el día en que nos fuimos?
Esto sí lo recuerdo:
corría un viento helado,
una brisa maligna.

AZAR INFATIGABLE

En mí el destino llega
cada cierto tiempo.
Recurrente, ascendente
como las espirales ebrias
que se encienden
a veces
entre los gritos
y los ecos.

Hoy de nuevo ha llegado
retumbante,
estruendoso,
semejante a los ríos
que despliega
el deshielo.

Llegó portando una maleta.
Traía el número correcto
y ha entrado así,
de pronto,
liviano de ilusiones,
transparente de afecto,
prácticamente alado
como un lejano acorde
de campanas.

Hoy de nuevo ha llegado
sin confundir la casa
ni la puerta.
Infatigable primo
de la diosa Fortuna:
perfecta y venerada.

Volverá muchas veces.
Tal vez trayendo el desierto
de algún poema destemplado
al que le llegan las palabras
demasiado tarde.

Volverá y rodará.
La vez final
será cuando me muera
y sonría en mi tumba
como un recién llegado
de otros mundos.
Y salude perfecto,
infatigable,
sin confundir la tumba
ni la puerta.

El azar viene solo,
sin que yo lo persiga,
sin que yo lo imagine,
sin rozarle
las riendas.
Tiene su propio ciclo
inexorable.

Viene del otro lado de los sueños
pero es de acero
y no se quiebra.
Pequeño, enamorado
azar a toda prueba.

En mí vuelve el azar
a cada rato.
Viene con su maleta
más leve que un suspiro
y golpea en mi vida
sin olvidar la calle
ni la puerta.

El destino se viste
de extraños personajes
que vencen contra el mundo.
Nunca me falla
cuando estoy al borde
de los plazos inciertos,
de los hoyos con fango,
de los espejos
que retratan
artificiosas flores
terriblemente muertas
en las vidrieras de los escaparates.

Hoy de nuevo ha llegado
y se ha tomado un whisky
de su mano mágica.
También
—algo moderno y novedoso—
ha conversado por teléfono
con las fuerzas universales.

Descalzo y silencioso
se ha puesto a dialogar
con espirales que se hunden
y que inmutables bajan
hasta los abismos más hondos.

Lleno de esa liviana erudición
que colma
y que protege,
ha marcado las cifras
de uno que amó
profundamente a Garcilaso.
Y a Baudelaire también,
sin duda al mismo tiempo
y en el mismo minuto
sin distinción
ni jerarquías
como un total
recóndito y hermético.

Este destino amigo mío
no es un ciclón sonoro
que brinca por el mundo
montado en su relámpago.
Todo lo mete en su pícara balanza
mientras te cuenta chistes inconmensurables.
Hijo dilecto del humor
él golpea en mi vida sin olvidar la calle ni la puerta
sólo para entregar el pergamino
de mi buena conducta.

DEFECTOS

Tú conoces muy bien
los poros de mi cuerpo.
Y me recorres lentamente
palpando
uno por uno
mis poros
esta noche.

Tu mano izquierda
es menos fuerte
y por eso
las caricias
que poco a poco
me llegan en oleadas
son más sutiles y atractivas.
¿Quién dijo que la debilidad era un defecto?

Mi cuerpo sabe muy bien
que tiene poros
como puertas abiertas
al leve tacto de la noche.

Buscas despacio,
suavemente
alumbrando la noche con tus ojos
el duro escalofrío.
de mis multiplicadas puertas
abriéndose
a tu vista.

Tu ojo izquierdo ve menos que el derecho,
es normal.
En ese ojo
mis defectos no existen.
Por lo tanto
ese ojo
me ama, seguramente,
mucho más.
¿Quién dijo que la debilidad era un defecto?

Sé que tengo en mi cuerpo
receptivos,
eléctricos tentáculos
para el espeso
y lento
latido de la noche.

Desconcertado
corazón endeble,
defectuoso y tímido,
palpita a golpes destemplados
en tu pecho izquierdo.
Encuentra mis latidos.
Se va amparando en ellos
y se calma.
¿Quién dijo que la debilidad era un defecto?

MODERNIDAD

Yo soy feliz
con pocas cosas,
y además muy simples:
que la comida esté sabrosa,
que haya café en la casa
y también sal.

Y aunque las novedades electrónicas
no me conturban demasiado,
hay ciertos mecanismos
de la modernidad
que me estremecen
hasta casi las lágrimas.

Amo las planchas funcionando
equilibradas y eficientes
y, sobre todo, pago
sin un minuto de retraso
mi consumo de luz
en las lejanas oficinas de la Electricidad
para que nunca deje de sonar el timbre.
El timbre, ¡ah qué artilugio promisorio!
¡Ah qué instrumento taumaturgo!
Porque detrás de cada timbre que resuena
se halla, sin duda, humanamente
palpitante y mágica
ni más ni menos
que una amistosa mano emocionada.

¿QUÉ SIGNIFICA OLVIDAR?

El hombre nada pierde.
Si olvida
—y en general olvida mucho—
¿por dónde se le caen los recuerdos?

¿Tal vez se ríen de nosotros
volviéndose palabras?

¿Palabras congregadas
en el rebaño de los sacrificios?

Vienen entonces los recuerdos
para darnos la mano
desde grandes montones de palabras
dispersas por el mundo
contra la ley de gravedad.
Identidad,
naturaleza muerta
subiendo hacia el abismo
de peldaño en peldaño,
hurgando en los contradictorios brazos irreales
del agua transparente,
y por eso
simplemente olvidada.

¿Pero por dónde se caen los recuerdos?
¿Se transforman acaso
en aladas,
incomparables
neurosis excitantes?
¿Ni más ni menos
que en agua cristalina
y diáfana, esa misma,
esa que nunca falta
en los diluvios,
esa que nunca falta
en los naufragios?

¿Pero por dónde se nos caen?
¿Será al revés,
inversamente,
que ellos se vuelven
y renuevan
en formas
y matices
de delicadas sutilezas?
¿En ese modo
inconfundible y pleno,
y sólo tuyo,
de tocarme los ojos
y las manos?

VINO O SANGRE

Porque no sé soñar,
la palabra es la imagen
y el juguete.

Ella,
también,
produce pesadillas
y el terror
de sí mismo.

Mueve los ciclos
y los cambios.
Fulminante,
asombrosa,
de algún rincón inescrutable
y fúnebre
hace estallar
alucinante
la claridad translúcida
del mundo.

Entonces,
desde otro cielo soterrado
resucita una efigie
que te besa.
Simplemente te besa:
es que has llegado al peligroso abismo
de tu propio juego.
Es que estás casi a punto
de elaborar químicamente
la ignorada sustancia
de los sueños reales.
¿Existe alguna diferencia
entre el vino y la sangre?

Imagino un poema
—esencialmente
artificial—
tan bien estructurado
como un sueño real.

Freud ya lo dijo:
complejos hilos sabiamente enredados
por los que puede hacerse
un mágico viaje.
Si no a la luna
remontando el espacio,
por lo menos al tiempo
—sobre la nave del olvido—
hasta su viejo nudo inaugural.

Pequeño origen todavía lejano,
lleno de espigas y de lino
como la tierra del verano.
Núcleo que es todavía
un poco feto
soñando sobre el agua,
que es todavía
un poco grito
flotando sobre el aire
para empañar
—imprevisible—
el soterrado espejo
de la muerte.

Ombligo hecho de sedas
de los campos claros.
Capilares conductos
en que la sangre
de la vida
correrá por canales
que alguna vez serán
los palpitanes ríos del amor
sobre el aire caldeado.

Nudo incipiente
de la luz primera
apaciguando viejos derroches cotidianos,
deseñadas rutinas de color amarillo
sin noches
y sin ecos.

Un poema tan bien estructurado,
tan lleno de inminencias
como un sueño real: Freud ya lo dijo.

Campos
que alguna vez pudieron confundirse
con un desierto rubio,
con un silencio rubio,
con un campo de trigo.

Un poema tan bien estructurado
como esos sueños que el psiquiatra interpreta
en veintidós sesiones

por lo menos,
sentado en su sillón,
buscando esa montaña
del color de la nieve
repleta de recuerdos
y de secretos desvaídos
y de semillas extenuantes
que entonan
viejos cantos,
antiguos campos
en deshielo
filtrados gota a gota.

Humedecidos hilos
conducentes
de las fibras del alma.
El alma,
que se enciende y se apaga
como si fuera un pájaro
nocturno
anunciando
relámpagos.

Un poema
que es sin duda,
en esencia,
ficticiamente artificioso.
Sucede entonces
que ondulamos girando
alucinantes
como un águila acróbata
sobre el hilo del rayo.

Blanco poema
con olor a sueño.
Espontáneo y gratuito.
Palabras—mar:
reales, naturales.
Palabras círculo—del—tiempo
frente al mudo misterio de la noche
que cabalga en el viento.

¿Existe alguna diferencia
entre el vino y la sangre?

En veinte años se depura
y asienta
un solo verso
ensangrentado.

ABRIGOS Y CORAZAS

Me dan miedo las calles,
las aceras
de resbalosa piedra corrompida,
llenas de ruidos y fantasmas.

Con leves pasos tímidos
entro y salgo
de tiendas:
me empujan, me tropiezo.
Naufrago entre los charcos
que lentamente humean
a la luz de la tarde.

Siempre con un abrigo,
una coraza
que no sólo me aísla
de la tarde helada,
de los vidrios herméticos
y fríos
de los escaparates,
de las erosionadas gradas de las puertas.
También me abriga de los otros.

Así,
los otros quedan lejos.
Voy por la calle, amor, sin ti,
mientras los otros no penetran.
No me desgasta el aire.
Ni me exaspero ante la luz.
Ni me evaporo al sol que reverbera.

Voy por la calle fría
con un abrigo cotidiano,
obstinado,
redondo de obsesiones
y de jóvenes días
lejanos y admirables.

Exactos y ceñidos
a mi abrigo de sol
y de misterios.

Entonces
llego a casa,
porque llegar a casa
quiere decir
ni más ni menos
que quitarse el abrigo.

Llego hasta ti, desnuda,
porque no tratarás de enderezar mis torceduras
ni de empequeñecer
mis eminencias.

No intentarás herirme
por la espalda:
ni meterás
el filo de un cuchillo
en esta pobre espalda mía
que es inexperta y ciega
y, por lo mismo,
desamparada y vulnerable.

Porque un amigo es un lugar
estremecido
y cálido
y sedante
donde me quito la coraza
y me rindo y me amanso
y me distiendo
completamente desvalida,
irremediabilmente desarmada.

RETRATO DEL AUTOR

Mis mejores arrugas
tienen que ser,
no cabe duda,
aquellas
tan sensibles
y humanas
(profundas,
transparentes)
que atravesando el tiempo
y el espacio
arriban,
con innegable esfuerzo sorprendente,
hasta mis hondos rasgos
olvidados.

Pero también son buenas
o mejores
las arrugas más hondas todavía
(verdaderos carriles,
desnudos vericuetos,
amplios caminos
latentes, cotidianos,
más profundos que gráciles)
capaces de encauzar
holgadamente,
sin titubeos
ni derrames,
los esperados pasos
del destino.

PRIMAVERA

En el pequeño hueco que queda
entre mis brazos
y tus brazos,
el pasto sigue verde y mojado.

En ese poco de aire
de espera,
en ese hueco ondulado
de cúspide o de ojiva
por donde el sol se transparenta
asomándose,
sólo para nosotros
se esconderá la primavera
porque tienen mis brazos y los tuyos
una torneada forma,
que no es la de los sacos
de harina
puestos uno encima del otro
quietamente aplastados
en estaciones ferroviarias.

En ese hueco de aire
que se sostiene
entre tus brazos y mis brazos
en medio del calor,
centro del mundo,
la luz está llegando de otro modo:
a plomo
con su belleza arrebolada
y leve.

En esa pequeña
pestañita
de exhalación
y de perfume mantenido a flote,
se mece aladamente
un abanico de aire
bajo la lluvia
colorida y cierta.

En ese espacio irreductible
entre tus uñas y mis uñas
se conserva el calor,
la tibia brasa ardiendo.

Ardiente flama alimentada
entre las nubes de silencio.
Hoy comienza el silencio
en el aire que vibra
entre tus brazos y mis brazos
cuando baten sus alas
y levantan el vuelo,
veloces,
remontándose.

Ardiente flama
de térmicos sonidos
en que tú y yo
como instrumentos encordados
gemimos
dibujando su música,
delineando sus encendidas ondas
circulares,
sus cinturas humanas.

Como instrumentos encordados
soñamos y entonamos
desde este hueco de aire
que queda
entre tus brazos
y mis brazos.

He aquí la ausencia
al rojo vivo.
Casi amarilla
y casi verde.
Música rumorosa,
abierto canto
de un gemido
de cuerdas.

Sólo una cosa te salva: el barro
de las vasijas
que resuenan
como eco tibio
de campanas
entre tus manos y las mías.

Espacio del aire,
hueco de la canción
que va y viene
soñadora y limpia
desde mis brazos
a tus brazos
filtrándose
envolvente.

Estertores hundidos
y llameantes.
Escurridizo
y afebrado
hueco del aire,
orquesta muda,
inaplazable,
pronta al asombro
de los hondos perfiles
de tu cuerpo
y mi cuerpo.

Apagadas y mudas
vibraciones
en el hueco del aire.
Pequeño olor a lluvia
entre tus brazos y mis brazos.
Perfume: húmeda escarcha
largamente extendida
sobre el ancho vacío
de la sombra nocturna.

Brazos llameantes
y fantásticos,
brazos mágicamente propagados,
ardiendo circulares,
retorcidos girando
como velas rituales
que lanzan alaridos
y estallan en el aire
y crepitan sagradamente bíblicas
mezclándose encendidas
a la multiplicada
suma
de la cera
que empapa
los candelabros fervorosos
de la fiesta sabática
y undula
y se derrama
sobre sus siete brazos venerables.

PALOMAS, ÁGUILAS Y ESTRELLAS

Solos entre dos ríos,
lo mismo que las islas.
Van las palomas
por plazas
y mercados,
domésticas,
hermosas en la calma
de los minutos cotidianos.

Una isla opaca
pero llena de ensanchamientos
y estertores.
Las águilas van
por las montañas,
van escalando las montañas
nevadas.
Vuelan más alto que las cordilleras.

Musitaciones en la orilla,
pies en el agua
llorando escalofríos,
van las palomas
negras
y las palomas blancas.

Montadas en la siesta de un verano dormido
van las águilas negras
volando por el mundo
de cordillera en cordillera.
Ardiente amor ensombrecido.
Águilas negras que en verdad no son astros.

Sobre el ruido del agua
entre las piedras
cubiertas por el musgo
van las águilas blancas
nacidas del poeta.

Van las águilas blancas
porque blancas no existen
pero se inflaman
como estrellas:
la cordillera al frente
llena de nieve aún
sin entender,
mirando,
este clamor callado
sobre el destello tibio
de la muerte.

La cordillera al frente.
Palomas cotidianas.
para ese mundo leve
que ya no existe
en las mañanas
de estertor asoleado.

Águilas blancas
centelleantes de noche
para ese mundo grave
que nos pesa
en el ruido
de todas las distancias.
Águila blanca del amor
fosfórico
que agrede el aire
aladamente,
vestida
con el plumaje blanco
del amor llameante.

Nova raza de pájaros
que alguien pintó en el horizonte
iluminado y blanco
como el ojo del mundo.
Águila gris
de la muerte y la vida.
Nueva raza de pájaros que llegan
—cuando nace la noche—
desde el plumaje absurdo
de una estrella.

RADIOGRAFÍAS TRANSPARENTES Y NEGRAS CIFRAS DE LABORATORIO

He aquí la historia fotográfica
de mis sueños más hondos
y el secreto destino
de mi vida profunda.
Ritmos de tripas.
Prolongación de anversos
y reversos.

El mundo junta mundos
que profundizan la intemperie
para que las palabras
originen estrellas.

Palabras y palabras
que hacen nacer el aire
para que vuelen las palomas
desde la centelleante
boca del poeta.

Tápate el corazón. Si no lo tapas
hurgarán ilusorios la algarabía
de esa recóndita, envolvente,
textura de tus vísceras
y te conocerán
y palparán tu corazón desnudo
del suspiro y del aire.

Sobre la boca del poeta
se amontona la vida
mientras nacen palomas
de sus labios.

EL AMOR Y LA MUERTE

Preguntas,
me preguntas
qué pasaría en mí
si tú murieras,
si te murieras de repente.

Seremos vulnerables:
aquellos
en los que todo el mundo
descubrirá la imperfección,
la imprecisión
de nuestra propia sangre.

Tú y yo
no somos nada más que un cuerpo
que vuela sobre el mundo
con un ala en la muerte,
con un ala en el aire.

No seremos los mismos:
pero resulta que el amor se hizo
y tiene alas.
¿Qué haré si tú te mueres?
¿Qué harás si yo me muero?

¿Ha de acabarse
para siempre
el amor?
¿Nuestro pequeño amor
deshabitado?

Si tú te sales de nuestro corazón,
¿a dónde irás?
Hay muchos libros
en los anaqueles.

Si yo me salgo de nuestro corazón,
¿a dónde iré?
Abre,
abre uno de ellos
y verás.

¿A dónde irás sin mí?
¿A dónde iré sin ti?
Abre y verás en la primera página
una frase
y una fecha feliz.

Si tú te vas,
si yo me voy
se agolpará la sangre
penetrando
lugares y palabras
hasta la eternidad.

Si tú te mueres
o si yo me muero,
siempre en el mundo
habrá un amor naciendo.

Preguntas,
me preguntas
qué pasaría en mí
si te murieras,
si te murieras de repente.

Mejor
pregunto,
te pregunto
qué pasaría en ti
si yo muriera,
si me muriera de repente.

Y entonces hablas tú,
que eres mi hombre:
“Preguntas,
me preguntas...
Ya dijo Baudelaire,
Baudelaire ya lo dijo.
Caminaría como una nave alada
pero herida
por las severas playas
de los mares fríos”.

Palabras en los libros
comprimiendo, estrujándose,
saliéndose, escapando
más allá del amor
y de la vida.
¿Dónde estarán después?
¿Dónde estaremos?

¿A dónde irás
bañándote en mi sangre?
¿A dónde iré
bañándome en tu sangre?
¿Sabré en qué mundo
se hallarán las palabras?

Para el amor de siempre,
colmados y plegados.
Será como salir
desde el papel
desanudándose
de un nudo

Será como nacer
de las palabras
y aprender ese aliento
que nos alimentaba.

Palpitación naciente
de la frase a la vida.
¿Se volverá verdad
lo que me dices?
¿Versos de Baudelaire
se llenarán de vaticinios?

Sin embargo, repites.
Insistes y repites:
“Caminaría por las playas
de los mares helados
cojeando un desconsuelo
mucho más hondo
que las cuencas marinas,
mucho más alto que los astros”.

“Cojeando,
llevando mi cojera
amarrada a mi angustia.
Cojeando de tu ala
con nuestro cuerpo herido.”

Y entonces hablo yo: ¿Lo que hoy escribo
emocionada
ante ese tono tuyo
de abierto desconsuelo
reencarnará en el tiempo?

Preguntas, me preguntas
qué haré si tú te mueres.

Puedes estar seguro
que así, con un ala ya muerta,
nunca más volaré ni escalaré montañas
revestidas de nieve.

Pero tal vez
si afirmo
el ala mía
pueda llevarte muerto
sin que se note
la cojera.
Si afirmo bien
el ala mía.

Y así,
no moriremos.
Si yo me muero
helada
frente a los mares blancos
tu amor se muere en mí
que soy el eco
que aún respira tu vida,
que aún te sigue viviendo.

Yo no me iré a cojear
sobre la arena de las playas
junto al agua de hielo
de los mares blancos,
con mi plumaje triste
y un costado cayendo.

Alguien,
nunca sabemos dónde se agazapan,
rompería ese hielo
y sacaría témpanos helados
para lanzarlos en mi espalda herida.

Moriría
lapidada de hielo. Moriría
a manos
de los que descubrieran nuestro cuerpo
en la arena
sin poder elevarse.

No puedo ir por las playas.
Moriría
con mi blanco plumaje,
rojo
de oscura sangre helada,
manchando el mar de hielo
con mi sangre y tu sangre.

No. Yo sostendré la historia
en la montaña
viviendo aún
con ese cuerpo alado
del águila que somos.

Con este cuerpo nuestro
caminaré
llevando el ala que nos pesa.
No estaré coja,
ni el miedo
ni la muerte
me herirán los talones.

Como lo harías tú,
no puedo.
No puedo ir por las playas
escarchada de angustia
y de tristeza
porque entre duros témpanos helados
te morirías nuevamente.
Será como nacer de las palabras.
Palpitación naciente
de la frase a la vida.

SÓLO HUMANOS

Probablemente los refranes
dicen verdades absolutas
porque Dios le dan pan
al que no tiene dientes.

Cuando teníamos los dientes hermosos todavía
para las delirantes risas desbordadas.
mascábamos el aire
como los peces
que sorpresivamente acaban
de volverse pescados:
no ahogados en el mar,
¡pobrecitos!,
sino metidos en la trampa
de nuestro propio aire
oxigenado.

Mascábamos el cielo,
como los moribundos
que lívidos se mueren
igual que los pescados.
Y aletean y soplan y les tiembla el aliento
y estremecen la atmósfera
tal vez con la esperanza
de que alguien, algún amigo acaso,
alguna mano hechicera,
alguna alquimia
de viejos nigromantes
vuelva a dejarlos
nuevamente
en el mar de la vida.

MENTIRAS

Como no sueño
ni tampoco canto,
sólo me quedan las mentiras.

Piedras,
cristales,
vidrios que me retratan
como espejos.

Pues bien,
hay que aceptarlo,
estamos solos,
y hoy nos vienen
a la boca
poemas
como antes nos venían
a la boca
los besos,
las miradas.

Ojos abiertos
y redondos
para palpar mejor
silencios y vaivenes
Y algunas pocas calles
para llorar a gritos
de ternura.

No sé, y entonces me pregunto
en qué mentiras podrían transformarse
el desamor,
la cicatriz,
la herida
de los que siempre fueron traicionados.

¿Conservan el trueno
junto a la ventana?
Hay que pararse en una esquina
y preguntarles
qué marcas,
qué señales,
qué soledad
diseña sus apariencias excitantes.

Por eso, cuando repaso nuestras vidas
y el tiempo roto
que se voló por la ventana
simplemente abierta,
una baldosa sucia en el baño,
alguna carta sin abrir,
o tenues signos insolubles
en tus cuadernos fenecidos,
me hacen pensar
que el hilo suelto de tu vida
no borrará un tejido
sin manchas,
sin grietas:
solamente
tal vez
con uno que otro pliegue
que fácilmente allana
una mentira escueta,
intrascendente.

SECRETAMENTE

¿Cuántos somos por dentro?
Tocándonos las manos,
tocándonos las alas
penetrarás sin duda hasta tocar
ese enemigo
que todavía no conozco.

Te dejaré esta noche
entrar
aladamente.
Y así, como en las guerras medievales
le daré al vencedor
su territorio,
en donde siempre existe
un pedazo de cielo.

Ha de nacer
un águila
del hueco tibio de tu mano.

Ha de nacer
secretamente
una flexible yema
de plumaje encendido
en tu espada de guerra.

No sé por qué
pero de pronto hay algo que traiciona.
Es la otra parte de nosotros mismos.
Despacio.
Despacísimo.
Reiterativa y lentamente
nacerá de los dos tan sólo un águila
con las alas mojadas y llameantes.

Nos traicionan las cumbres
de las ciclópeas cordilleras nevadas.
Nos traiciona el deseo
de querer ser más altos.

Tú a la derecha
y yo a la izquierda.
Dos alas tibias
encendidas de carne,
de laderas floridas,
de ejércitos guerreando,
de volcanes enormes
que estallan en el viento,
de antiguos vencedores
de la roca
y la lava.

DOMINGO

Hoy a las doce
es el concierto
con instrumentos afinados
a la altura precisa de tu dolor
dominical,
de tu silencio
imaginando un lunes
con los huesos quebrados.

Hoy a las doce es la función de circo:
te acechan,
te esperan los leones
semicerrando sus pestañas
para difuminar
el quebrado matiz iridiscente
del espectro solar.
El circo que en plena calle está cobrando las entradas.

Juguemos al olvido:
el pájaro que hemos visto morir
más allá de ese cerco
florecerá esta primavera.
En cambio hay tantas cosas
clásicamente depuradas,
deliberadamente hechas trizas.

Musitaciones, sordos murmullos
derretidos
más allá del silencio.
He aquí un olor
apenas perceptible
como un pelo enhebrado,
prolijo, invulnerable
en el sordo quejido
de la sombra.

El retiro,
la quinta llena de árboles frutales
de mangos, de limones en flor,
de mandarinas
del color de la historia,
del arrebol doliente
de la sangre.
Más allá del dolor de ser hombres,
un hombre abraza el sol
por el costado de la sombra.

Cruje mi voz
cortada al viento
entre las espesuras que florecen
en balde
este domingo
ante la luz tornasolada
irremediabilmente inteligible.

CONTRADICCIONES

Cimera esquina silenciosa
donde se agregará secretamente
la fantasía a lo palpable,
el pasado al futuro,
lo grande a lo pequeño.

El mojado silencio universal:
un amor que comienza.
Somos dos astros
inflamados
que recorren la noche
buscando el punto exacto
en que las cosas vivas
y las cosas muertas
van a dejar
de ser
contradictorias.

Entonces abriremos,
igual que un ebrio
su botella,
nuestro libro
que explica
lo que aún no sabemos.

Paciencia.
Los libros de los sabios
lo dicen claramente
sólo un instante irreplicable.

A este costado
del olvido
ha de escucharse
apenas
el ruido de la luz
y el ruido de los astros:
bóveda que decrece,
cúpula triste que resbala.

Astros fantásticos, futuros,
hermetismo de acuario
donde la esfera del silencio
—tan parecida
a una gavilla al sol,
absurda pero viva—
poco a poco
se extingue
y se desanda.

¡Qué sabia es una mano!
Manos del hombre,
tan expresivas
y sensibles.

He aquí una mano
que tuvo que ser sancho
y atornilló sus uñas sobre el mundo
mientras tantos quijotes
derribaban floreros.

Manos quijotes
que desde las bandejas
repletas y difíciles
permitieron volar
a tiernos vasos inexpertos.

¡Pobre cristal
lleno de llanto triste
regado por el suelo!
¡Pobres gotas de lágrimas
que han quedado llorando
junto a las almas rotas
de sus astillas transparentes!

Lo que no mata
fortaleces.
Lo que no me derriba
me hace más alto
en la tormenta
de los troncos caídos.

Y es por eso tal vez
que existen las distancias,
la soledad,
la muerte,
los exilios,
alguien que amé
y me amó
lleno de vida
y es sin embargo el mismo,
precisamente el mismo
que hoy deshoja la lluvia.

EL ENEMIGO

¿Qué son la cólera y la ira?
A ver...toma asiento a mi lado
y estudiemos con calma
qué resorte nos yergue,
quién nos tensa la cuerda
de ese mecánico
juguete
que no somos nosotros.

¿Qué ventrílocuo imita
el impulsivo grito
que ajeno y sorpresivo
sale de nuestra boca
absurdamente?

¿Quién nos sacó la mano
del bolsillo
para estampar aquella cachetada
sonoramente incomprensible?
Mano furiosamente rencorosa
que no es nunca la nuestra:
siempre resulta ser la mano apasionada
de algún extraño
entrometido.

Estamos hechos,
¿te parece?,
de verdad y mentira,
de sí y de no,
de madera blanda
y acerado hueso,
de siempre y de nunca,
de no quiero y te quiero.
De agua
y de mierda. Y, por eso,
el enemigo
se ha instalado en nosotros
como un absurdo entrometido,
como un extraño apasionado
furiosamente rencoroso
Disparatadamente agresivo.

COINCIDENCIAS

¡Nunca se sabe
qué mágico engranaje
conecta
la detenida
máquina del mundo,
los relojes dispares!

Aristas desiguales,
texturas perceptibles
que nunca calzan.
Repetidos espejos, extraños ríos planos
donde la imagen no coincide.

Pero un día cualquiera
todo concuerda y se armoniza
porque llega el instante
en que cada minuto
incoherente,
cada tiempo a destiempo,
cada visión desenfocada
va adquiriendo
de a poco
su matemática medida,
su exacta coincidencia.

ESCOMBROS

Continentes, ciudades,
calles del mundo, casas
que estallan
repartiéndose en piedras.

Toda una diáspora sonora
diseminando pies adoloridos;
hinchidos corazones culpables,
saludables;
fulgurantes cerebros
encendidos y humeantes
quemando su memoria.

Sin embargo esas piedras
son iguales,
las mismas
que se lanzan
para quebrar los vidrios,
las puertas,
los cristales
de las casas selladas.

Mientras tanto mis piedras y las tuyas,
las canteras totales
de los que aún estamos vivos
para pulir y cimentar
cada arista viviente
de los que sólo adentro de nosotros
volverán a su tierra
(todas las piedras de mi mundo
y el tuyo:
carretadas de piedras)
sólo llenan
los huecos de las tumbas.

COMO SITE HUBIERAS QUEDADO
SIN RUIDOS Y SIN ALMA

Como si te hubieras quedado
sin ruidos y sin alma,
llorando,
oliendo a la distancia
multiplicada
muerte del amor.

Llorando de fatiga
tan ancha
como un presentimiento.
¿Dónde está el alma?
¿Dónde?

Como si te hubieras quedado
sin ruidos y sin alma,
¿dónde está el alma?,
¿dónde?
Desvanecido lastre del amor.
Fatiga dolorosa.
Compacto recorrido
de la tierra
redonda
que siempre
va cayendo.

¿Cómo enfrentar
este dolor
de muerte
sin remedio?

Fulgor de la mañana
escueta.
Nocturno día
del amor perdido.

Fulgor sombrío
de la mañana
amanecida
en mitad de la noche.

Mañana amanecida
que no tendrá sol,
que se quedó sin ruidos
y sin alma.

TAL VEZ

Tal vez no he sido bueno
porque bebí
precisamente el agua
que pudo haber salvado
a un sediento.

Porque escribí sin duda
alguna frase
culpable
de haber hecho que un hombre
se lanzara al vacío.

Esto es lo imprevisible
de la palabra
y de la vida.

REGRESOS CIRCULARES

A este costado del olvido
se escucha
la esfera del silencio acercarse.

Vienen...
viene rodando
este erguido silencio
tan parecido a una gavilla
al sol
que se desprende
y pule de todo lo superfluo
solamente cimbrando
su cabeza
voraz, absurda,
pero viva:
llamando a gritos
cada astilla que escapa
de su propio silencio.

El gran silencio
universal,
¿no es el amor acaso?
¿Un vestigio,
una arista invisible
así de breve
como esos átomos.
que estudia
la micro—anatomía?

He aquí un problema matemático:
¿cuántos son dos más dos
entre las flores
del vacío
y mi cuaderno de algoritmia?

Sabidurías de penúltima mano.
Raíz cuadrada
de los vacíos estelares.
Lo que no se descifra
conserva siempre la ventaja
de seducir más adelante.

Después habrá una fiesta
de graciosos movimientos alados,
de imponentes ceremonias rituales,
de cósmicos encuentros estelares,
porque el amor es un descubrimiento
que es preciso estudiar
en el ingente microscopio
del mundo:
un punto al que converge
el poro interminable de la vida
y el deformado espejo de la muerte.

Lo que no se descifra
siempre está ahí
para alcanzar a descifrarse.
Seduce justamente porque está cifrado,
aunque las claves lleguen
demasiado tarde.

COMPLICIDAD

No todos somos incompletos.
También hay gente
que hereda cataratas,
ojos azules,
o juanetes.

Los inconclusos
somos pocos.
Pocos, muy pocos
los que buscamos por el mundo
...ilusamente...
un alma semejante:
otra alma imperfecta,
inacabada.

UNA PREGUNTA

El tiempo de los hombres
...con un ala en la vida,
con un ala en la muerte...
también
ese enemigo
que se repite
y que traiciona...
y la imagen extraña
de un intruso que acecha
en los espejos...
y este asombroso amor
secretamente cotidiano...
y acaso
el sueño fantástico
de la noche
y la alquimia...
¿son la otra parte
de nosotros mismos?

LÁGRIMAS

Hay lágrimas felices:
no todas son iguales.

Lágrimas hay
que van lloviendo a cántaros
y cantan
sin poder contenerse
mientras alguien las pinta
de color morado.

Otras son dulces
igual que un caramelo.
Ruedan y bañan
los jardines.

También las miden
por dedales,
albos de escarcha
a causa
de sus sales tristes.

Pero las lágrimas gozosas
adquieren
poco a poco
un leve tinte
de color dorado.
Saben a mar azul
donde palpitan peces
que parecen frutas:
humedeciendo van
abigarrados
estas valientes lágrimas
que escurren
desde mi portentoso lloro extravagante.

DOS HEMISFERIOS

Poco después de estar sobre mi piel,
farol del mundo
erecto,
vigilante,
nudoso y terso,
ondulado,
salpicado de esencia existencial,
estremecido de erección
advirtiéndolo.
Ése eres tú: tierra y aire.
Espacio y mundo.
La verdad y el sueño.

Hurtados de las virtudes esenciales,
gravitando hacia adentro,
nacimos
uno del otro
porque queríamos el aire.

Elásticos, desnudos,
para escarbar el alma de los otros
sobre la áspera bóveda
de las mitades desoladas.

Una mitad junto a la otra
hacen un mundo entero,
pleno
y redondo
con sus dos hemisferios.
Una mitad
junto a la otra
rotando.

Para siempre
la infinitud
que araña el infinito
de colmados anversos
y reversos.
Un mundo entero
con sus dos hemisferios.
La mano entera
con su dorso
y su palma

Agolpados los dos,
obstinada tragedia
que camina hacia el fin
y se dibuja
sobre el telón de fondo
de un hemisferio
junto al otro
meciéndose
avanzando
como un montón de bronce
para fundirse y derretirse
en una sola estatua
que se sueña a sí misma
redonda
como el mundo.

Leche flamígera
de los que siempre giran en sí mismos.
Sudor: áspera ráfaga
de infinitos motores
crepitando
sus rumorosas alas
palpitantes.

Primeramente tú,
primeramente yo.
Dos montañas, una más alta que la otra.
Viéndose a la distancia un monte
sobre el otro
y el pequeño destello
de hogueras encendidas.

Tocándonos las manos,
tocándonos las alas
el amado entrará
por la mano silente
hasta el doble quejido
de aquellas simetrías
que ondulan sobre el vértigo
como un grito de sábanas.

Hay amores, amor,
con su corteza muda
de hemisferios truncados
y su perfume ciego
de sonidos sin eco.

Hay amores, amor,
de camas obsoletas
con las patas erectas por encima del aire:
cuadradas y cortantes.

Una cama al revés,
antigua cama de los amores desolados
o tal vez un avión
abigarrado y loco
sobre las secas nubes
derramadas,
sobre dos hemisferios
redondamente cósmicos:
paso a paso
volviéndose
minutos circulares,
sonidos,
latitudes,
crepitación
alucinada.

DESENLACE Y PRÓLOGO

Hoy es como una jaula
de plumaje abatido.
Un beso proyectado
de trabajo a fatiga.
Abres la boca y sueñas mariposas
de colores brillantes
fantásticos y mágicos
pero una vez que vuelan
en el aire
se hacen orejas imantadas
de dolores sin cuerda.

Quieres entonces des—soñarlas
y se transforman en cuchillos:
ya no puedes cogerlas
sin que arriesgues tus manos
y tu sangre.

Mariposas infieles,
traicioneras.
Cerros floridos
y guitarras
que van por los caminos
llameantes y encantadas
fuera del ojo que las vio primero,
que las imaginó primeramente,
que las soñó sonoras y livianas
para deshilar el humo
de todos los cansancios.

Mariposas infieles, traicioneras.
Salen volando coloridas
pero no llegan luminosas.
Vuelven el amoroso beso,
que las soñó con alas inmortales,
en extraño naufragio.
Naufragan y naufragan.
Llegan mojadas
y dolientes.
Trasnochadas y heridas.

Van en barco y se ahogan.
Van en flor y se mueren.
Tienen un alma
pero se hacen piedra.

He aquí que van en barco y se caen al agua.
Llegan mojadas y cansadas.
Sin descanso y salobres.

Mariposas brillantes y amistosas
que son como palabras fabricadas de música
y de ritmo.
Llegan por el costado de la sombra
y del eco.
Vivas imágenes soñadas,
y creadas
para la arcilla del amor,
llegan desfallecidas
y asfixiadas.
Seguramente muertas.

Las lanzamos brillantes.
De la boca al oído
se decoloran
y transforman
en silencio mudo
y en saliva hueca.

Me pregunto qué hacer.
Tal vez no hablar.
No darle voz al verso
falsamente concreto,
ilusoriamente palpable y colorido.
Nunca es real ni testimonio:
apenas un sonido
que se lleva el viento.
Quizá sólo los ojos
y la tibieza de las manos.
Tal vez sólo el abrazo
llegará sin mojarse.
Sin morir.
Sin herirse.
Sin ahorcar el amor.
Sin perder un amigo.

Tal vez no comenzar.
Tal vez sólo quedarse sencillamente mudo.
Dejar que la saliva crezca
sencillamente triste.
Porque no sé cantar
y mi voz es opaca
como un cuerno salvaje
tengo en la boca
rumor a vino turbio.

ÍNDICE

EL OTRO LADO DE LAS COSAS VIVAS

Me gusta escarbar en las profundidades	13
Plegaria	15
Arte poética	23
Al suicidio de maiakovski	26
Corazón redondo	30
Tengo una niña rubia	31
Canta un gallo y no es hora	33
Espejos	35
Palabras caídas	37
Mal tiempo	38
Como si fueran ganas de vivir	39
Círculo	40
Ruidos	41
Muerte	43
Y me dices que no eras tú lo que busqué con estas manos de minero o de náufrago	45
Los oídos no lloran	47
Odio la poesía	48
Curriculum vitae	50
Falsos	52
Escarabajos lentos que transitan	54
Soy yo misma	56
Hoy comienza el olvido	58

Hay días luminosos	60
De personas, y reversos, y tumbas	63
Casa sellada	65
Un llanto incontenible	66
Cuando no tienes qué comer	70
Oído que sangra	74
Al otro lado de los sueños	75
Última cifra	77
A veces de repente	78
Un canto como el viento	80
Violín de sombra	81
Otros ojos	84
No es fácil	86
Cuernavaca doblada en los espejos del aire	87
LOS RÍOS, POR EJEMPLO	
Prólogo	93
Para mí son los ríos	95
Mapocho, hermano oscuro	96
Extrañamente hacia arriba	98
Miro bajar los ríos	100
Río seco	101
Río de cielo	102
Pero a mi río lo llaman Petrohué	103
Río profundo	105
LOS QUE NOS FUIMOS SIN LAS COSAS	
Los que nos fuimos sin las cosas	109
Azar infatigable	117
Defectos	122
Modernidad	124
¿Qué significa olvidar?	126

Vino o sangre	128
Abrigos y corazas	133
Retrato del autor	136
Primavera	138
Palomas, águilas y estrellas	143
Radiografías transparentes	146
El amor y la muerte	148
Sólo humanos	156
Mentiras	158
Secretamente	161
Domingo	163
Contradicciones	166
El enemigo	170
Coincidencias	172
Escombros	173
Como si te hubieras quedado	175
Tal vez	177
Regresos circulares	178
Complicidad	181
Una pregunta	182
Lágrimas	183
Dos hemisferios	185
Desenlace y prólogo	189

www.elianaalbala.com

Los que nos fuimos sin las cosas es un libro de poemas de la autora chilena Eliana Albala, una antología de los libros de esta importante poeta chilena residente en el extranjero. El libro contiene 73 poemas pertenecientes a tres libros diferentes.

El otro lado de las cosas vivas: 36 poemas que hablan de experiencias vitales relacionadas con su exilio en México y con dolores profundos y esenciales a propósito de la muerte de sus seres queridos en tierras muy lejanas. Este libro ganó, en 1986, el Premio Único de Poesía en el Certamen Latinoamericano de la Editorial Universitaria de Centro América, cuya sigla es “EDUCA”, organismo sito en San José de Costa Rica, perteneciente a la Confederación Universitaria Centroamericana que forman la Universidad de San Carlos de Guatemala, la Universidad de El Salvador, la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, la Universidad de Costa Rica, y la Universidad de Panamá. Los tres escritores que integraron el jurado manifestaron lo siguiente: “Hemos considerado que a la riqueza manifiesta en su obra se suma un tratamiento poético en profundidad, realizado con un exacto dominio del lengua”.



9 789562 606936